

proceder de la selección de los materiales que se van a utilizar para el estudio de los hechos. En el siglo XIX, cuando se comenzó a escribir la historia, se utilizaban los documentos que se iban encontrando en los archivos, en los libros, en los periódicos, etc. Pero con el tiempo se fueron incorporando otros tipos de documentos, como los testimonios de los protagonistas, los diarios, los libros de familia, etc. En el siglo XX, con el desarrollo de la psicología, se comenzó a utilizar los testimonios de los protagonistas, los diarios, los libros de familia, etc. En el siglo XXI, con el desarrollo de la informática, se comenzaron a utilizar los testimonios de los protagonistas, los diarios, los libros de familia, etc.

Este libro es una introducción a la historia, que trata de explicar los conceptos básicos de esta ciencia y de mostrar cómo se ha desarrollado a lo largo del tiempo. El autor, María Inés Marín, es una historiadora argentina que ha dedicado su vida al estudio de la historia y a la enseñanza de esta ciencia. Este libro es una excelente introducción a la historia para quienes quieren aprender más sobre esta ciencia y sobre el mundo que nos rodea.

María Inés Marín es doctora en Filosofía por la Universidad Nacional de Buenos Aires, profesora titular de Filosofía de la Historia en la Universidad Nacional de Buenos Aires, investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y miembro de la Academia Nacional de Ciencias Exactas y Físicas. Ha publicado numerosos libros e investigaciones sobre la historia y la filosofía de la historia.

Historia, narración y memoria

LOS DEBATES ACTUALES EN FILOSOFÍA
DE LA HISTORIA

HISTORIA, NARRACIÓN Y MEMORIA

901
M486H

G-020352

MARÍA INÉS MARÍN

ISBN 950-84-440-206-0



Maqueta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan sin la preceptiva autorización o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte.

© María Inés Mudrovcic, 2005

© Ediciones Akal, S. A., 2005

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN-10: 84-460-2063-7
ISBN-13: 978-84-460-2063-9
Depósito legal: M-36.516-2005

Impreso en Cofás, S. A.
Móstoles (Madrid)

MARÍA INÉS MUDROVCIC

HISTORIA, NARRACIÓN Y MEMORIA

Los debates actuales
en filosofía de la historia



ÍNDICE

<i>Introducción</i>	5
---------------------------	---

HISTORIA Y MODERNIDAD

I. VOLTAIRE Y LA <i>ENCICLOPEDIA</i> : LA GÉNESIS DEL NUEVO CAMPO EPIS- TÉMICO DE LA HISTORIA	19
II. LA FRONTERA ENTRE EL DISCURSO HISTÓRICO Y EL DE FICCIÓN: LA PROPUESTA HUMEANA	31
III. LA TEORÍA DEL PROGRESO A PARTIR DE LA IDEA DE NATURALEZA ...	39
IV. LA HISTORIOGRAFÍA VOLTERIANA: UNA INVENCION CRÍTICA	57

HISTORIA Y NARRACIÓN

V. ALGUNAS PERSPECTIVAS DEL DEBATE ACTUAL EN FILOSOFÍA DE LA HISTORIA	73
Introducción, 73 – La filosofía de la historia en retrospectiva, 74 – Las teorías textuales: alcances y limitaciones, 76 – A modo de conclusión, 84	
VI. EL VALOR DE LA NARRATIVA HISTORIOGRÁFICA EN LOS PROCESOS DE INTERACCIÓN SOCIAL Y COMUNICACIÓN.....	88
VII. EL PROBLEMA DEL CAMBIO HISTÓRICO: UN ANÁLISIS DE LA RELACIÓN PASADO-PRESENTE	99

HISTORIA Y MEMORIA

VIII. EL RECUERDO COMO CONOCIMIENTO	111
IX. ALGUNAS CONSIDERACIONES EPISTEMOLÓGICAS PARA UNA «HISTORIA DEL PRESENTE»	120

901
11/8/67
Just - 11/8/67

X.	ALCANCES Y LÍMITES DE PERSPECTIVAS PSICOANALÍTICAS EN HISTORIA	133
XI.	LA CONTRIBUCIÓN DE LA HISTORIA A UNA MEMORIA JUSTA	149
	BIBLIOGRAFÍA	155

EL VALOR DE LA NARRATIVA HISTORIOGRÁFICA EN LOS PROCESOS DE INTERACCIÓN SOCIAL Y COMUNICACIÓN*

Es casi unánime el recelo que ha despertado en la comunidad de historiadores y entre algunos teóricos de la historia el debate producido –en las últimas décadas– acerca del estatuto narrativo de la historia. Las quejas más comunes contra aquellos que pretenden rescatar el valor de la narrativa se refieren a la amenaza que ésta supone para una disciplina que aspire a la categoría de ciencia. Para algunos, las pretensiones de científicidad, objetividad y racionalidad de la historia se verían amenazadas por esa creciente tendencia a enfatizar el carácter poético-literario de la producción historiográfica, dado que tomaría borrosos los límites entre «historia» y «ficción». En este sentido, el «retorno al narrativismo» conspiraría contra la historia concebida como empresa cognitiva, ya que la investigación de la verdad como tarea única y fundamental del historiador quedaría relegada por cuestiones literarias y de estilo¹: identificar a la historia con cualquier otro tipo de relato oscurece, de este modo, el hecho de que las nociones de «prueba» y de «verdad» constituyen la parte esencial del oficio del historiador². El profesional de la historia, se afirma, no puede prescindir del principio de realidad. Y en esta demanda de representar lo real, se pretende encontrar los argumentos más sólidos para separar a la historia de la literatura y negar su filiación directa con el relato.

Sin embargo, para otros teóricos e historiadores, esta discusión acerca de la estructura narrativa de la historia está pasada de moda puesto

que consideran que la narración constituye una forma de discurso *naïve*, propia de la etapa precientífica y asistemática de los estudios históricos. Para este grupo, la descripción y análisis de los fenómenos históricos, en el estado actual de la profesión, presuponen herramientas conceptuales y estilísticas más sofisticadas de las que el relato puede ofrecer: de la historia-relato –exclusivamente «événementielle»– centrada en acontecimientos biográficos o políticos, se ha pasado a una historia-problema. Para este tipo de historia, el tiempo ya no constituye el eje a partir de cual se estructuran los fenómenos, sino que el acento recae sobre las hipótesis que el historiador construye y que pertenecen más al dominio de lo verosímil que de lo verdadero. Así parece entenderlo, entre otros, François Furet, para quien lo que «caracteriza la evolución reciente de la historiografía es el retroceso definitivo de esta forma de historia [narrativa], floreciente siempre en los niveles de producción de gran consumo, pero cada vez más abandonada por los profesionales de la disciplina»³. Y aun cuando se reconozca que en ciertas ocasiones el historiador hace uso del relato, se lo considera como un recurso secundario, sin efecto directo en la representación de lo real y subordinado al control de la evidencia.

La madurez metodológica de la historiografía científica que trajo aparejado el rechazo de la narrativa como su modalidad discursiva es consecuencia, entre otras cosas, de un cambio de actitud del historiador profesional hacia el pasado. Lo que se ha logrado, se argumenta, es una actitud propiamente histórica: si bien el historiador no es el único que se interesa por el pasado, es el único, sin embargo, que se interesa por el pasado en sí mismo, independientemente de la relación que éste tenga con el mundo presente⁴. El pasado histórico emerge, así, con independencia del interés práctico del historiador. Esta actitud queda ejemplificada en el siguiente pasaje de Momigliano: «Pero cualquiera que sea el impulso que nos lleve al texto [una evidencia], el texto nos involucra en una investigación histórica porque es nuevo y despierta preguntas *por sí mismo*»⁵. Se debiera distinguir, entonces, la respuesta derivada de una actitud propiamente histórica de aquella otra en la que la representación del pasado es consecuencia de una lectura de los fenómenos pasados en directa relación con nosotros mismos y nuestras actividades. Este interés práctico promueve un tipo de reconstrucción retrospectiva, desde el presente al pasado, que intenta

* Artículo publicado en *Espacios* 18, Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, (junio-julio de 1996).

¹ A. MOMIGLIANO, «The Rhetoric of History and the History of Rhetoric: On Hayden White's tropes», en *Comparative Criticism. A Year Book*, E. Shaffer (ed.), Cambridge, Cambridge University Press, 1981, p. 260.

² C. GUINZBURG, *El juez y el historiador*, Madrid, Anaya, 1993, p. 23.

³ F. FURET, *L'atelier de l'histoire*, París, Flammarion, 1982, p. 76. Cfr. al respecto M. MANDELBAUN, *The Anatomy of Historical Knowledge*, Baltimore, 1977, pp. 25-26.

⁴ Cfr. M. OAKESHOTT, «The activity of being an Historian», en *Rationalism in Politics and other essays*, Londres, Methuen and Ltd., 1962, p. 155.

⁵ A. Momigliano, *op. cit.*, p. 263.

buscar los «orígenes» del mundo que nos rodea⁶. La interpretación práctica del pasado no elude, entre otras cosas, juicios morales, los que, se considera, deben ser extirpados de una actitud propiamente histórica⁷. De allí el desdén del historiador profesional por la narrativa en donde la moralidad está presente en el tipo de significación que exhibe su resolución discursiva. Este impulso moralizante que —según H. White— se encuentra necesariamente presente en toda representación narrativa de la realidad histórica⁸, es reflejo directo de la actitud práctica hacia el pasado. Una reconstrucción práctica del pasado presupone una teleología en la que el presente opera como cierre discursivo que le otorga sentido retrospectivo. Es un pasado nacido de la necesidad de explicar el presente, justificarlo o hacerlo más habitable, y la narrativa constituye su expresión discursiva «natural», en la que la secuencia cronológica de los acontecimientos encuentra su estructura significativa. La narrativa sirve así de legitimación de juicios políticos o morales presentes acerca del pasado⁹. Posee una relación inmediata con los intereses comunes de una sociedad determinada, y constituye esa parte de la red de referencias que posibilitan la existencia de un pasado común, otorgándole integridad histórica. Esta «moral política» del saber narrativo es devaluada en el marco de la ciencia.

Gran parte del debate en torno a la narrativa historiográfica que se situó dentro del contexto de discusión acerca de los límites entre el discurso ficcional y factual o, para decirlo en otros términos, la frontera entre historia y literatura, centró su atención en el análisis del texto, buscando en su estructura el rasgo que permita identificarlo como perteneciente a uno u otro género. En este marco, se señala el carácter denotativo, parafraseable o referencial como distintivo del discurso histórico¹⁰. Atendiendo a la ontología del texto, la conjun-

⁶ M. Oakeshott, *op. cit.*, p. 147.

⁷ «Soy judío, [...], yo no estoy recolectando hechos para propósitos académicos cuando trato de entender qué motivó a los judíos a asimilarse a las civilizaciones que los rodeaban. Pero podría elegir dar una respuesta a esta cuestión en términos morales o religiosos...», A. Momigliano, *op. cit.*, p. 263.

⁸ Para H. White, cuando el sistema social actúa como tema de interés, surge y se desarrolla la conciencia histórica conjuntamente con la narrativa. La significación que la narración añade a la mera secuencia cronológica de acontecimientos tiene una connotación moral en la medida en que el relato histórico está relacionado con el orden legal que subyace al sistema social. El cierre discursivo confiere significación moral en tanto organiza los acontecimientos con respecto al valor que poseen para el grupo social al que está dirigido. Cfr. H. WHITE, «El valor de la narrativa», en *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992.

⁹ Cfr. R. BRAUN, «The Holocaust and the Problem of Historical Representation», en *History and Theory. Studies in the Philosophy of History* 2, Wesleyan University (1994).

¹⁰ Cfr. R. WELLEK y A. WARREN, *Theory of Literature*, Nueva York, Harvest, 1956, pp. 22-23. J. M. CAMERON, «Poetry and Dialectic», en *The Night Battle: essays*, Londres,

ción entre el dominio espacio-temporal del mismo y el del lector es considerada un indicio propio del discurso factual¹¹. El problema mayor de este tipo de teorías es que se dirigen principalmente a subrayar los rasgos textuales sin aludir a la relación autor/lector dentro de la que éstos funcionan. De este modo se produce un divorcio entre el texto historiográfico y su contexto social e histórico, dado que lo que queda fuera de la discusión es la función particular que éste desempeña en la interacción comunicativa y sus condiciones de producción, elaboración, recepción, etc. En general, dichas teorías poco aluden a la dimensión pragmática del texto histórico, es decir, que su elaboración y recepción constituyen acciones sociales¹².

Considerado desde ese punto de vista, un texto histórico no es sólo un conjunto de signos verbales que refieren una realidad extratextual, sino el resultado de lo que Umberto Eco denomina una «actividad cooperativa»¹³, en virtud de la cual el historiador produce un cierto tipo de información que el lector debe actualizar dentro de un determinado contexto social. El destinatario del texto histórico constituye una parte del juego textual para el que se genera una estrategia discursiva específica con el objetivo de provocar una respuesta interpretativa determinada. Dentro de este proceso de comunicación el hecho de que un texto funcione como texto de historia obedece, entonces, a ciertas convenciones sujetas a devenir histórico. Dichas convenciones regulan, entre otras cosas, estrategias discursivas específicas: si durante los siglos XVIII y XIX, por ejemplo, el historiador era activo y visible en el texto, su presencia es considerada como una insuficiencia metodológica por ciertas corrientes historiográficas contemporáneas¹⁴.

Bum & Oates, 1962, p. 137. R. JAKOBSON, «Closing Statement: Linguistics and Poetics», en *Style in Language*, Thomas Sebeok (ed.), Cambridge, 1960, p. 371. PÉREZ ZAGORIN, «Historiography and Postmodernism: reconsiderations», en *History and Theory. Studies in the Philosophy of History* 29 (1990), pp. 263-274.

¹¹ «Los eventos en un campo espacio-temporal son históricos para mí sólo si están temporal y espacialmente relacionados conmigo: debo colocarme como un evento o proceso entre otros.» R. CHAMPIGNIY, *Ontology of the Narrative: An analysis*, La Haya, Mouton, 1972, p. 17.

¹² Cabe señalar la importante contribución que hiciera al respecto la teoría de los actos de habla al poner de relieve que la diferencia entre el discurso ficcional y el factual no reside en ningún rasgo intrínseco del texto, sino en convenciones constituidas por prácticas sociales. Así J. SEARLE afirma: «No hay ninguna propiedad textual, sintáctica o semántica, que permita identificar un texto como un trabajo de ficción». *Expression and Meaning*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.

¹³ U. Eco, *Lector in fabula*, Barcelona, Lumen, 1981, p. 13.

¹⁴ La extirpación de cualquier referencia al autor o lector provoca lo que R. Barthes denomina «ilusión referencial»; cfr. R. BARTHES, «The discourse of history», *Comparative Criticism* 3 (1981), p. 11. Al respecto, el historiador George Duby afirma: «Desde hace algún tiempo empleo cada vez más la palabra “yo” en mis libros. Es mi modo de avisar a los lectores. No pretendo transmitirles la verdad, sino sugerirles lo probable, colocar ante

Desde esta perspectiva pragmática aparecen en la superficie, como constitutivos del juego textual, el historiador y el lector. El historiador, en tanto autor o emisor, presupone un destinatario, lo que genera una estrategia textual específica. Es decir, prevé un lector capaz de actualizar e interpretar lo que él produjo textualmente. De ningún modo el historiador se dirige a un público universal en tanto destinatario indiferenciado. En la comunicación, entonces, está supuesta la competencia del lector para «descodificar» el texto: su capacidad lingüística, los conocimientos que comparte con el autor, su contexto social y cultural y sus coordenadas espacio-temporales¹⁵. Esta cooperación del lector revierte en la elección de un determinado léxico, estilo, contenido y morfología de la obra. Estas consideraciones permiten, entonces, el análisis del texto historiográfico desde la perspectiva del público para el que es compuesto.

El conocimiento del pasado constituye una parte del sistema de referencias que hacen posible la comunicación en una sociedad determinada. Recordar el pasado no es lo mismo que comprenderlo históricamente. La historia comienza allí donde la memoria colectiva termina, en tanto ésta se constituye en objeto de estudio de la primera¹⁶. Esencial al concepto de tradición es su carácter simbólico, su connotación moral y su continuidad con el pasado. Tal como lo expresa E. Hobsbawm, la tradición implica «un conjunto de prácticas, normalmente gobernadas por reglas aceptadas tácita o abiertamente y que poseen una naturaleza ritual o simbólica; dichas reglas buscan inculcar ciertos valores y normas de conducta por repetición, lo que automáticamente implica una continuidad con el pasado»¹⁷.

El tiempo de la tradición aparenta no tener edad. Los actos de repetición, como las ceremonias, las conmemoraciones y los monumentos, otorgan estabilidad y permanencia a la memoria colectiva, lo que a su vez sirve para dar continuidad espacial y temporal al grupo o comunidad¹⁸. Estos actos de repetición aseguran la interacción del individuo

ellos la imagen que yo me hago honestamente, de verdad», en *La historia continúa*, Madrid, Debate, 1992, p. 67.

¹⁵ Es lo que Eco denomina «enciclopedia», que supera los límites, más restringidos, de lo que Peirce (1931) llama «universo de discurso». La competencia enciclopédica se basa en un sistema semántico global que presupone datos culturales que son aceptados socialmente debido a su presencia regular. Cfr. U. Eco, *op. cit.*, pp. 87 ss.

¹⁶ Cfr. M. HALBWACHS, *Les cadres sociaux de la mémoire*, Nueva York, 1975, p. 83.

¹⁷ E. HOSBAWM y T. RANGER (eds.), *The invention of Tradition*. Cambridge, Cambridge University Press, 1983, p. 1.

¹⁸ Cfr. Pierre NORA, «Between Memory and History: Les Lieux de la mémoire», *Representations* 26 (primavera de 1989), pp. 8-9. Esta permanencia de las tradiciones también es mencionada por Hobsbawm: «El objeto y característica de las tradiciones, incluso las inventadas, es la invariación. El pasado, real o inventado, al que refieren impone prácticas fijas (normalmente formalizadas) tales como la repetición», *op. cit.*, p. 2.

con el pasado preservando la memoria colectiva como una entidad perdurable que trasciende la memoria individual y particular. Ejercen, como característica que los distinguen de los hábitos y costumbres, una función simbólica o ritual que tiene por finalidad asegurar el lazo de unión entre la comunidad y su pasado. Estos rituales constituyen «actividades regladas de carácter simbólico que llaman la atención de sus participantes hacia objetos de pensamiento o de sentimiento que poseen una significación especial»¹⁹. Establecen vínculos emocionales con el pasado, creando un «aire de familiaridad» con el presente.

La memoria colectiva está directamente imbricada en el presente. Constituye el presupuesto «natural» que simboliza la cohesión social de los miembros de un grupo, legitima instituciones o relaciones de autoridad e inculca creencias, sistema de valores o convenciones de conducta²⁰. La memoria colectiva y el pasado común, al igual que el olvido y el error histórico²¹, son elementos esenciales que intervienen en la formación y continuidad de las naciones. Tal como señalara Halbwachs, el pasado de la tradición es apreciado con relación a los intereses del presente en tanto que enfatiza su similitud y continuidad. En la tradición, la conciencia del pasado está orientada, entonces, prácticamente²².

Dentro de este contexto, la narración histórica, en su uso público, constituye el vínculo discursivo entre pasado y presente, contribuyendo —a través de la representación de los eventos pasados— a la configuración del sistema social al que pertenece y que es su punto de partida. La sociedad reclama del historiador su memoria colectiva, o, como afirma Peter Gay: «La cultura quiere un pasado que pueda usar»²³. Es así que el historiador, en su rol de mediador entre los eventos reales pasados y el lector contemporáneo, ejerce su función historiográfica, es decir, la función de explicar y representar eventos reales y otorgarles significación colectiva.

¹⁹ S. LUKES, «Political Ritual and Social Integration», *Sociology* 9 (1975), p. 291, citado por R. BRAUN, «The Holocaust and Problems of Historical Representation», en *History and Theory. Studies in the Philosophy of History*, n.º 2, vol. 33 (1994), p. 177.

²⁰ Cfr. E. HOSBAWM, *op. cit.*, p. 9.

²¹ Cfr. E. GELLNER, *Culture, Identity and Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 7 ss.

²² Enfatizando la dimensión práctica en la configuración del pasado, R. Williams prefiere hablar de «tradición selectiva» para señalar la selección activa e interesada de significados y prácticas por parte de una determinada élite con el fin de legitimar el orden político-social presente. Esta «versión intencionalmente selectiva de un pasado configurado y un presente preconfigurado» no por ser hegemónica deja de ser vulnerable, dado que en ocasiones, los sectores sociales marginados emprenden una recuperación de valores o prácticas descartadas. Cfr. R. WILLIAMS, *Marxismo y Literatura*, Barcelona, Crítica, 1977, pp. 137 ss.

²³ P. GAY, *Style in History*. Nueva York, McGraw-Hill Book Company, 1974, p. 206.

Por el contrario, el acto inaugural de la historia científica descansa en la separación entre el presente y el pasado, y, en este corte, la tradición se le enfrenta como lo «otro», el objeto o campo de estudio²⁴. Esta ruptura entre historia y tradición es consecuencia, entre otras cosas, del cambio de actitud del historiador profesional hacia el pasado que mencionáramos anteriormente: de una actitud práctica se ha logrado una actitud propiamente histórica en la que el pasado aparece con independencia del mundo presente. Otra de las consecuencias de esta ruptura entre tradición e historia es el desplazamiento que sufre lo real en la historia: de ser un postulado se ha transformado en «resultado del análisis»²⁵. Sin llegar a ser, ambos sentidos, mutuamente excluyentes, la historia científica pone su acento sobre lo real en tanto conjunción de la aplicación de modelos (económicos, sociológicos o demográficos) a los documentos. Lo real es, entonces, la consecuencia de la relación. Por el contrario, si lo real es postulado, lo que el historiador encuentra en los restos del pasado son las huellas de lo vivido. Los eventos se relacionan en episodios sucesivos de una estructura temporal más amplia que, al ser considerados retrospectivamente, revelan un «sentido».

El rol activo y central de la narrativa histórica en la configuración de las tradiciones culturales ha sufrido –en las sociedades contemporáneas– un desplazamiento hacia la periferia. Este fenómeno tiene que ver con la transformación de la historia en práctica científica, uno de cuyos indicadores sería –según se señaló anteriormente– el pasaje de la historia-relato a la historia-problema. El historiador ha cambiado el objeto de su disciplina, es decir, al tiempo como sustrato que posibilita el relato de lo que ha acontecido a la humanidad o a una porción de ella²⁶. Este cambio va de la mano de una conversión metodológica. El trabajo consiste, ahora, en poner en juego construcciones formales presentes para encontrar las diferencias significativas. El pasado se constituye, así, en el modo de representar lo diferente respecto de la coherencia presente del modelo²⁷. Esto último trajo como consecuencia un recorte en el universo de lectores que el historiador presupone en su estrategia textual. En efecto, la historia como práctica científica impuso ciertas restricciones en la relación del historiador y la sociedad. La producción del discurso histórico comienza a dirigirse a des-

²⁴ Cfr. M. DE CERTEAU, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993: «Una medicina y una historiografía modernas nacen casi simultáneamente de la separación entre un sujeto que se supone sabe leer y un objeto que se supone escrito en una lengua que no se conoce, pero que debe ser descifrada», p. 17.

²⁵ Cfr. M. de Certeau, *op. cit.*, p. 51.

²⁶ Cfr. Furet, *L'atelier de l'histoire*, *op. cit.*, p. 76.

²⁷ Cfr. M. de Certeau, *op. cit.*, pp. 99-100.

tinarios de igual competencia que el emisor-historiador, lo que provoca el aislamiento del juego del lenguaje dado que el texto postula, ahora, un fórum de profesionales que en el debate provoquen consenso. Esta transformación significó, tal como se mencionó, el abandono de la narrativa como forma discursiva y la independencia del discurso de intereses prácticos con la consiguiente devaluación de la escritura como forma de acción histórica. En efecto, la presentación narrativa de los acontecimientos históricos fue dejada de lado por estrategias no-narrativas que privilegian el análisis sobre la teleología como principio explicativo²⁸, emancipando, entonces, al discurso historiográfico de su carácter inmediato con relación a intereses vinculados a su contexto. La transición de una forma discursiva a otra se lleva a cabo teniendo en cuenta que el texto histórico se genera para ser actualizado por un lector tan competente como el propio historiador. Si el interés que lo mueve es puramente «histórico», es decir, desvinculado de un presente «práctico», el historiador científico pierde, entonces, su estatuto de vocero de un pasado colectivo. Esta situación se refleja, en parte, en el hecho de que la divulgación y la discusión de los trabajos históricos se realizan en revistas y reuniones sólo accesibles a especialistas.

La narrativa histórica que ejerciera otrora tanto atractivo en el público, es considerada en mayor o menor medida, una «vulgarización» que no responde a los criterios científicos vigentes. Sin embargo, el espacio dejado por la narrativa no ha sido ocupado por ningún otro tipo de discurso histórico. Pues es precisamente la narrativa histórica la forma discursiva que configura, al representarla, la transición de la memoria colectiva a la historia científica. Si la historia se establece en tanto transforma la tradición en objeto, al distanciarse de ella críticamente, y si la tradición constituye ese pasado vivido que cohesiona y legitima el presente, la narrativa histórica, entonces, se desarrolla en esa especie de frontera donde una sociedad se hace cargo de su pasado.

La función que la narrativa histórica ha desempeñado tradicionalmente en la constitución y comunicación social del conocimiento histórico tiene que ver más con la lógica interna de la narración que con

²⁸ Evaluando posibles estrategias discursivas con relación al tema elegido, afirma el historiador argentino T. HALPERÍN DONGHI: «[...] Ello impone renunciar a una de las facilidades que hacen atractivo al historiador el esquema narrativo-cronológico: en él la imagen del proceso examinado se apoya en juicios implícitos pero muy precisos acerca de la jerarquía de los actores y fuerzas cuyos acuerdos y discordias confirieron a ese proceso su particular dinamismo: puesto que esos juicios permanecen implícitos, escapan a cualquier análisis crítico directo, y reciben su validez de la fuerza persuasiva de la narración que en ellos se apoya; cuando se renuncia a hacer de la narración cronológica el eje unificador de la reconstrucción histórica, esos juicios se tornan en cambio explícitos, y con ello ponen en descubierto lo que necesariamente tiene de discutible», en *La Larga Agonía de la Argentina Peronista*, Buenos Aires, Ariel, 1994, p. 10.

una supuesta mayor accesibilidad como forma discursiva. Crear la imagen de un pasado común, contribuir a la formación de una identidad colectiva, poder —en definitiva— disponer del pasado para legitimar el orden político o lograr el consenso social, constituyen patrimonio de la historiografía narrativa. La estructura teleológica de la narración crea ese «arco de solidaridades», al que se refiere Tulio Halperín Donghi, entre la representación de los eventos interrelacionados del pasado y el público contemporáneo. Este vínculo entre pasado y presente le otorga autoridad al historiador en la configuración de la memoria colectiva. La narrativa histórica en tanto secuencia continua y acabada de acciones en el pasado contribuye a generar lo que Nicolás Shumway llama «ficciones orientadoras» (*guiding fictions*), es decir, mitos o símbolos nacionales que «explican qué es la nacionalidad, qué responsabilidades tiene el gobierno, cuáles son las idiosincrasias del “pueblo” y cuál es el destino del país»²⁹. Son símbolos que aglutinan y otorgan unidad a los grupos sociales. La continuidad narrativa genera el sentimiento de pertenencia de la generación presente a una tradición común. El reconocimiento de un pasado compartido emerge de la significación de la resolución narrativa como respuesta práctica a intereses presentes, en tanto que la estrategia narrativa se orienta a un público cuya única competencia queda delimitada por el hecho de pertenecer al contexto social que constituye el término *ab quo* del que el texto da cuenta³⁰. La identidad de una comunidad, su existencia como grupo, requiere que sus miembros compartan una «historia» de la que se constituyan en sujetos. Es así que las acciones y experiencias pasadas adquieren sentido de acuerdo al «lugar» que ocupan en el relato otorgando, de este modo, coherencia a la vida presente del grupo³¹. La narrativa histórica, debido a la completud de su estructura, provee, quizá, la representación del pasado más adecuada a la búsqueda presente de legitimación político-social de una comunidad dada. Esto es particularmente evidente en el caso del historiador que se ocupa del pasado reciente de su comunidad: el debate de los historiadores del siglo XIX sobre el rol de la Revolución Francesa en la constitución de la República³² o el llevado a cabo en la Alemania de posguerra sobre

²⁹ N. SHUMWAY, «Las ficciones de la historia», suplemento *Primer Plano*, en *Página 12*, Buenos Aires, 22 de marzo de 1992.

³⁰ Félix Luna en el prólogo de su *Breve Historia de los argentinos* se dirige al «amigo lector» diciendo que «se trata más bien de describir cómo se fue haciendo nuestro país, desde sus cimientos fundacionales y a través de las grandes etapas de su formación. El propósito, el mismo que ha animado la mayor parte de mi obra, es divulgar nuestro pasado. Antes que una historia circunstanciada, es una mostración de las líneas fundamentales que articulan la sociedad y las instituciones argentinas», Buenos Aires, Planeta, 1993, pp. 7-8.

³¹ Cfr. D. CARR, *Time, Narrative and History*, Indianapolis, Indiana University Press, 1986, cap. V.

³² «La producción de historias de la Revolución estaba estrechamente vinculada al desarrollo de los acontecimientos políticos: de un lado, los nuevos acontecimientos políti-

el Holocausto y el pasado nazi, constituyen ejemplos palpables de la necesidad de las comunidades de resignificar eventos de acuerdo al orden político-social vigente. A medio camino entre la tradición y la historia científica, efectúa una conjunción entre los eventos significativos del pasado y el presente, configurando simbólicamente, en la representación, el mundo al que pertenecen los miembros de la comunidad. En la medida que un grupo o comunidad derivan su identidad de la tradición, su escritura en tanto historiografía conserva su carácter práctico y normativo.

De lo anterior no se desprende que el interés práctico que pudiera estar a la base de la narrativa histórica comprometa las nociones de prueba y verdad. Aquél sólo señala que el historiador y sus lectores son actores del mismo mundo histórico y que esto constituye las condiciones reales de la propia producción del discurso histórico. En esta suerte de diálogo que el historiador mantiene con su público, la representación narrativa del pasado adquiere significación colectiva presentándose como una continuidad natural del presente. Sin embargo, este interés que pudiese revestir la representación del pasado para los asuntos políticos y sociales de una comunidad no debiera atentar con las pretensiones de verdad y objetividad de la historia en tanto empresa cognitiva. Es preciso que el interés práctico que condiciona la dimensión pragmática no entre en conflicto con su dimensión teórica. Pero, por otro lado, cabe señalar el rol activo del lector en la actualización de la narrativa histórica. Tal como reconoce Rigney en su excelente estudio sobre los historiadores del siglo XIX, la narrativa histórica de ningún modo constituye un conjunto de afirmaciones pasivas acerca del pasado, sino que ofrece a sus lectores cursos alternativos de los eventos narrados que sugieren lo que podría o no haber ocurrido en su propio tiempo:

Pero la configuración narrativa de lo «que realmente ocurrió» es en sí misma inseparable de poner en juego «historias alternativas»; es decir, al poner de relieve contra el trasfondo de lo que realmente sucedió los «camino no tomados», la dirección en que los eventos pudieron o podrían haberse desarrollado tienen el poder de ser localizados en algún lugar [...] De este modo, la lógica de la narración nos hace reconocer inmediatamente el hecho de que el discurso histórico no trata simplemente de lo «que fue». Más bien, a través de su configuración narrativa de lo que fue, la representación pone en juego lo que pudiera o debiera haber sido, lo que podría ser [...]»³³.

cos echaron una luz diferente sobre los eventos de 1789-94; de otro, nuevas perspectivas de aquellos eventos sirvieron como un modelo o guía para acciones políticas futuras», A. RIGNEY, *The Rhetoric of Historical Representation. Three Narrative Histories of the French Revolution*, Cambridge. Cambridge University Press, p. 8.

³³ A. RIGNEY, *The Rhetoric of Historical Representation. Three Narrative Histories of the French Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, p. 174.

La posibilidad de considerar cursos alternativos pone de manifiesto la función crítica del texto narrativo: la ocasión para el lector de poder estimar su propio orden social como una de las tantas «salidas» de alternativas pasadas³⁴.

La devaluación de la narración como estrategia discursiva de la historia trajo aparejada una brecha creciente entre la comunidad de historiadores profesionales y la sociedad en la cual ésta está inserta. El universo conceptual de aquéllos permanece ajeno a la gran mayoría de sectores sociales, desvinculado de los intereses que permitirían pensar la realidad presente como resultado de un proceso histórico³⁵. La historia científica devaluó, precisamente, la escritura de la historia como forma de acción histórica cuando renunció a representar la conciencia que una sociedad tiene de su situación histórica³⁶. Por el contrario, al insertarse allí, en la transición de la memoria colectiva a la historia científica, la historia narrativa constituye tanto un proyecto cognitivo como normativo. Por su misma naturaleza híbrida, es bien recibida por el público y desdeñada por los historiadores. Este vacío dejado por la narrativa histórica es ocupado por la lectura de periódicos³⁷ o, en el mejor de los casos, por el relato de historiadores que no son reconocidos en los ámbitos profesionales³⁸.

Si a la pregunta que formulara H. White en el sentido de si podremos alguna vez narrar sin moralizar³⁹ le corresponde una respuesta negativa, no por ello la narración debe ser descalificada como lenguaje histórico de segundo orden. Hacerlo sería desconocer su dimensión social de enlace de una comunidad con su pasado.

³⁴ Félix Luna, *op. cit.*, afirma: «[...] creo que la Revolución Libertadora fue un hecho negativo. Si no hubiera ocurrido, Perón habría tenido que reformar su régimen, ampliando la apertura iniciada en julio, y es probable que su mandato terminara con la derrota electoral de su partido», p. 261.

³⁵ En este sentido, Droysen hizo un llamado de alerta hace ya casi más de un siglo: «El gran público no se sirvió por esta aplicación de nuestra herramienta histórica. Descaba leer, no estudiar, y se quejaba que nosotros [los historiadores] les ponemos delante el proceso de preparar la comida en vez de la comida misma». J. G. DROYSEN, «Art and Method», en *Outline of Principles of History* [1868], en F. Stern, (ed.), *The Varieties of History. From Voltaire to the Present*, University of Chicago Library, 1956.

³⁶ Al respecto, M. de Certeau afirma: «su papel social [de la historia] no es más [...] el proveer a la sociedad de representaciones globales de su origen», *op. cit.*, p. 93.

³⁷ P. Gay, *op. cit.*, p. 186. En nuestro país es innegable el éxito editorial del periodismo volcado al tratamiento de asuntos históricos.

³⁸ El caso más representativo lo constituye Félix Luna.

³⁹ H. White, *op. cit.*, p. 39.

EL PROBLEMA DEL CAMBIO HISTÓRICO: UN ANÁLISIS DE LA RELACIÓN PASADO-PRESENTE*

Toda investigación historiográfica presupone un tiempo social, humano o, como se lo denomina, un tiempo histórico cuya problematización es tarea propia de una teoría o filosofía de la historia. Dicho presupuesto temporal queda plasmado en expresiones que usualmente encontramos en cualquier libro de historia tales como cambio, transición, ruptura, continuidad, apogeo, decadencia, periodo, etc., sólo para nombrar algunas de ellas. Se habla, entonces, del apogeo y decadencia de una civilización, del resurgimiento de una forma del pensar y de la ruptura o continuidad de un sistema político, por ejemplo.

En este trabajo quiero partir de una idea que Braudel presenta en su *Mediterráneo*¹: la pluralidad de los tiempos históricos. Para Braudel, en el contexto de la historia, es más apropiado hablar de estratos temporales que de un único tiempo histórico. La escuela de Annales ha sistematizado dichos estratos temporales en un tiempo de la larga duración, en uno de la coyuntura o medio y en el tiempo corto del acontecimiento. Para ejemplificar: la larga duración es la condición de posibilidad temporal para poder tematizar el apogeo y decadencia de una civilización mientras que el tiempo corto del acontecimiento lo es tanto para el caso de una revuelta popular como de la muerte de un personaje. El valor de una clasificación de este tipo reside, a mi juicio, en que relaciona variables de duración histórica con unidades de análisis concretas, *i. e.*, el desarrollo de una civilización puede ser tematizado históricamente sólo si se presupone el tiempo «casi inmó-

* Artículo publicado en *Revista Patagónica de Filosofía*, año 2, vol. n.º1 (julio-diciembre de 2000).

¹ F. BRAUDEL, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, 1949.

EL RECUERDO COMO CONOCIMIENTO*

Hasta aproximadamente la década de los ochenta, las relaciones entre el pasado histórico y el presente del historiador no fueron directamente tematizadas en las discusiones de los filósofos e historiadores. La «filosofía crítica» de la historia en los años sesenta centró fuertemente los debates en torno a los modelos de explicación. La separación del pasado «en sí mismo» y el presente era considerada condición de posibilidad para la aproximación científica al objeto histórico. Dicho hiato garantizaría la expurgación de los intereses prácticos del conocimiento histórico.

Entre los setenta y los ochenta el interés fue desplazado hacia el poder del lenguaje como configurador de las mediaciones conceptuales con las que el historiador aborda el pasado. Si la filosofía de la ciencia había sido el modelo en la etapa anterior, ahora lo es la crítica literaria y la semántica. El provocativo trabajo de H. White, *Metahistory* (1973), fue considerado el fundador de un programa que luego sería reconocido como el giro de la filosofía de la historia hacia la literatura. A partir de entonces, trabajos provenientes de distintas disciplinas comenzaron a ocuparse, desde perspectivas diferentes no siempre convergentes, de cuestiones tales como el rol de la memoria colectiva en la historia y en la constitución de identidades colectivas, la memoria y el olvido como fenómenos políticos, la incidencia de la memoria en las reconstrucciones del pasado, etc. La confluencia de varios factores influyó para que desde ángulos muy diversos se sintiese la necesidad de una reconsideración de la relación del historiador con su pasado reciente.

* Artículo publicado en *Epistemología e Historia de la Ciencia. Selección de trabajos de las IX Jornadas*, Universidad Nacional de Córdoba, vol. 5, n.º 5 (1999).

En el contexto de la filosofía narrativista de la historia, obras como la de D. Carr y P. Ricoeur¹, que sostienen la continuidad entre la configuración narrativa y la experiencia temporal abren la tensión entre el discurso histórico, la memoria colectiva y el contexto del historiador. Desde la hermenéutica de origen heideggeriano, H. G. Gadamer provee una interesante perspectiva filosófica para abordar la relación de la memoria con el conocimiento histórico al señalar de qué modo la tradición opera como mediadora de las raíces profundas que la historia posee en la memoria. Y desde la filosofía de la ciencia y la filosofía política, autores tan disímiles como I. Hacking y H. Hirsch², se interesan en lo que podría denominarse la política de la memoria y su incidencia en la reconstrucción del pasado como un factor de poder. La misma inquietud se observa en el ámbito de la historia. La «disputa de los historiadores» llevada a cabo en Alemania en torno a la cuestión del Holocausto no sólo reveló el carácter problemático y la tensión ética ínsita en la elaboración historiográfica de un pasado comprometido con la memoria colectiva, sino que, por encima de todo, puso en evidencia la multiplicidad de perspectivas implícitas en la asunción de las políticas de la memoria. Dentro de este contexto de discusión acerca de las relaciones entre la historia y la memoria, algunos filósofos e historiadores han dirigido su atención a los problemas que plantea la historia oral en tanto disciplina que intenta reconstruir el pasado a través de las memorias individuales rescatadas en las entrevistas. Dichas consideraciones han tenido como objetivos principales, por un lado, discutir el rol del testigo como mediador entre el acontecimiento ocurrido y la narración producida y, por otro, analizar los alcances de la pretensión de verdad del recuerdo como huella o testimonio de lo real pasado. Es en este sentido que se desarrolla la polémica entre Guinzburg y M. Jay o la defensa de Ricoeur del papel crítico de la historia. Sin embargo, creo que esta mirada que algunos filósofos han dirigido a la historia oral toma en cuenta sólo uno de los aspectos que el recuerdo tiene para los historiadores y descuida todo el desarrollo reciente producido en la última década de lo que se puede denominar el «giro interpretativo» en historia oral. En lo que sigue, intento en primer lugar, distinguir entre dos tipos de historia oral, una que denominaré «reconstructiva» y otra «interpretativa» de acuerdo al diferente estatuto que en cada una de ellas posee el recuerdo y, en segundo lugar, sostener que dicha distinción contri-

¹ D. CARR, *Time, Narrative and History*, Indianapolis, Indiana University Press, 1986. P. RICOEUR, *Temps et récit*, París, Seuil, 1983-1985.

² I. HACKING, *Rewriting the Soul. Multiple Personality and the Sciences of Memory*, Princeton University Press, 1995; H. HIRSCH, *Genocide and the Politics of Memory*, The University of North Carolina Press, 1995.

buye a argumentar en favor de la historia concebida como una forma de memoria.

La historia oral es el registro y análisis de los testimonios orales acerca del pasado. Se refiere tanto al proceso de investigación en el que el acto de recordar es provocado por un entrevistador como a los géneros de escritura basados en la interpretación de fuentes orales³. Normalmente se distingue la historia oral en tanto narración de acontecimientos ocurridos en el lapso de una vida individual, de la tradición oral que involucra el conocimiento del pasado transmitido a través de generaciones. Si bien la historia oral se desarrolló después de la Segunda Guerra Mundial, no fue sino entre los sesenta y los setenta donde recibió su mayor impulso a partir de la creciente influencia de la nueva historia social o «historia desde abajo». La historia oral se transformó, entonces, en el principal medio para el registro de las experiencias vividas por los sectores marginales de los que sólo se contaba con narraciones producidas por las elites.

Entiendo por historia oral reconstructiva aquella que busca extraer conocimiento de lo que realmente ocurrió a partir de las fuentes orales. La función primaria del recuerdo es informar sobre el pasado y su estatuto epistémico es el de documento, entendido éste en su acepción tradicional como huella o vestigio del pasado. Al igual que éste, la fuente oral constituye la prueba de las relaciones que el historiador hace de un curso de acontecimientos y abona la pretensión de la historia de fundarse sobre hechos. Subyace a esta aproximación un presupuesto realista acerca de la ontología del pasado, una concepción representacionista sobre el género historiográfico y una teoría correspondentista de la verdad. El recuerdo se erige en evidencia de lo que ocurrió en el pasado.

Esta forma de tratar el recuerdo fue prioritaria en los inicios de la historia oral en la que sus intereses confluyeron con el creciente avance de la denominada historia social. En este sentido, las fuentes orales contribuyeron al conocimiento de campos tan diversos como la historia del trabajo, historias regionales o historias de mujeres en las que el objetivo fundamental se dirigió a recabar información allí donde ésta era incompleta o estaba ausente.

Desde otra perspectiva, el contenido factual del recuerdo es prioritario cuando lo que se trata de reconstruir son episodios de la historia reciente cuya completa evidencia documental depende de la liberación de archivos. Para mencionar un ejemplo, las entrevistas se constituyeron en la fuente de información primaria para reconstruir dos episo-

³ Cfr. M. ROPPER, «Oral history», en B. Brivati, J. Buxton y A. Seldon (eds.), *The Contemporary History Handbook*, Manchester University Press, 1996, p. 345.

dios de la historia británica reciente: la crisis del Canal de Suez de 1956 y la Guerra de Malvinas de 1982. Sin los testimonios orales se debería haber esperado hasta 1987 y 2013, respectivamente, por la apertura oficial de los archivos. Sin embargo, las reconstrucciones de los hechos históricos de libros como *The Suez War* de Paul Johnson, publicado en 1957, y *Suez Affair* de Hugh Thomas, publicado en 1967, fueron verificadas cuando los archivos fueron abiertos en 1987. Lo mismo se espera de obras como la de Lawrence Freedman, *Britain and the Falkland War*, aparecida en 1988⁴.

El tratamiento del recuerdo como fuente de información de lo que ocurrió ha tenido consecuencias metodológicas. La más importante de ellas se traduce en los cuestionarios cruzados de los investigadores que llevan a cabo las entrevistas y en la triangulación o referencia cruzada dentro y entre fuentes orales y otro tipo de testimonios. Dichas estrategias se implementan como una forma de asegurar la exactitud de los recuerdos. De este modo los historiadores han tratado de responder a la crítica de la poca confiabilidad de los testimonios basados en la memoria.

Sin embargo, a partir de la década del ochenta varios factores contribuyeron al desarrollo de nuevas formas de historia oral. De un lado, trabajos como el llevado a cabo en Francia por el historiador P. Nora⁵ y, de otro lado, la influencia de la nueva antropología y de la sociología interpretativa que señalaron la naturaleza socialmente construida de la memoria y sus usos políticos, históricos y culturales. Lo anterior llevó a cuestionar ciertos supuestos de la historia oral reconstructiva, en especial, en lo atinente al objetivo de buscar en el recuerdo sólo el aspecto representativo de la memoria, el «conocimiento exacto» del pasado. Este desarrollo de la historia oral, que podemos denominar interpretativo, se dirige a comprender de qué modo los sujetos sociales representan al tiempo histórico a través de los testimonios orales. La inexactitud o distorsión de los recuerdos no son considerados negativamente sino como vías de acceso a las formas culturales y procesos por los que los individuos expresan el sentido de sí mismos en la historia. Este tipo de aproximación al recuerdo tiende a considerarlo más representativo de «verdades colectivas» que a asegurar su consistencia factual, aun cuando no niegue que el recuerdo contenga conocimiento acerca del pasado que sea objetivamente verdadero. Desde este punto de vista adquieren significancia tanto el olvido como el silencio o la inexactitud. Estas nuevas orientaciones confieren un estatuto diferente al recuerdo en las reconstrucciones históri-

cas, ponen en evidencia la necesidad de una reconsideración del alcance teórico de ciertas nociones como las de memoria individual, memoria colectiva o tradición oral y, por otro lado, problematizan la relación del historiador como portador él mismo de recuerdos y del pasado reciente que intenta reconstruir, y del que esos recuerdos constituyen testimonios.

Los trabajos provenientes de la sociología como el de M. Holbawch o de la historia, como los de Pierre Nora contribuyeron a poner de relieve que la memoria individual no es sino una instancia de una forma social de recordar. En este sentido, se acepta que el testimonio oral, al igual que cualquier otro tipo de documento, está siempre situado en un campo históricamente limitado de convenciones y prácticas, por lo que el recuerdo en tanto práctica lingüística está mediado socialmente. El libro del historiador italiano Alessandro Portelli en su obra *The Death of Luigi Trastulli and other Stories: Form and Meaning in Oral History*, publicado en 1991, constituye un buen ejemplo. La policía había matado a Trastulli en Terni, un pueblo del norte de Italia, durante una demostración relativamente pacífica contra la NATO en 1947. Cuando Portelli entrevistó a los compañeros de Trastulli, treinta años después, ellos dataron el evento en 1953 en ocasión de una protesta masiva de trabajadores contra la policía. El cambio de localización temporal del evento arrojaría cierto escepticismo sobre la pretensión de verdad de las fuentes orales en lo referido al «conocimiento» del pasado, si el objetivo que se persigue es la reconstrucción o reproducción de lo que «realmente» ocurrió. Sin embargo, los trabajadores de Terni habían transformado a Trastulli en un mártir político al reposicionar su muerte, ocurrida en 1947 en ocasión de una protesta sin importancia, a un momento significativo para la política laboral. Retomando la expresión de Pierre Nora, podemos decir que la cronología social constituye «los lugares de la memoria» individual en torno a los que se estructuran temporalmente los recuerdos resignificándolos.

Desde esta perspectiva, pierde valor heurístico el concepto de memoria si el criterio de demarcación se establece en los sujetos portadores de la misma. De la misma manera que toda experiencia vital de un individuo constituye una experiencia colectiva⁶, no hay algo así como una memoria individual frente a una memoria colectiva; en un sentido, toda memoria es social. Por un lado, la memoria individual se imbrica con la memoria colectiva en tanto que los contenidos de la primera están socialmente organizados. Por otro, la memoria colec-

⁴ Cfr. M. Roper, *op. cit.*, p. 354.

⁵ P. NORA, *Les Lieux de Mémoire*, París, Gallimard, 1997.

⁶ E. HOBBSAWM, afirma que «si la mayoría de nosotros reconoce los principales hitos de la historia mundial o nacional de su vida, no se debe a que todos los hayamos experimentado, aunque es posible que así haya ocurrido en el caso de algunos», en «El presente como historia», en *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998, p. 231.

tiva constituye la imagen del pasado que poseen los individuos que, a pesar de no haberlo experimentado directamente, han adquirido por medio de la educación, o de relatos de antepasados o de artefactos producidos socialmente para ser repositorios de memorias (museos, librerías, monumentos). Creo que una de las consecuencias más importantes de este acento en el componente social de la memoria individual es el de borrar la distinción ortodoxa entre la historia oral entendida como la reconstrucción discursiva de los eventos recordados en el contexto de una vida individual y la tradición oral como conocimiento compartido del pasado transmitido a través de generaciones, ya que dicha distinción presupone la dicotomía entre memoria individual y memoria colectiva.

Siguiendo a Halbwachs, el recuerdo puede ser caracterizado como un proceso de reconstrucción imaginativa en el cual se integran imágenes específicas formuladas en el presente en particulares contextos identificados con el pasado. Las imágenes recordadas no son evocaciones de un pasado real sino representaciones de él, es decir, lo que imaginamos en el presente que ocurrió en el pasado. La forma que la representación adquiera depende del contexto social que la resignifica⁷.

En definitiva, lo que recordamos depende de los contextos en los que nos encontramos y de los grupos con los que nos relacionamos. Desde esta perspectiva, el recuerdo es menos un medio de acceso a lo real pasado que un fin para explorar en su misma superficie los conflictos públicos y privados acerca de cómo debe ser recordado y transmitido el pasado. Esto no significa que la fuente oral carezca de toda «referencia a la realidad», sino que se pone de relieve su aspecto como recurso interpretativo. En este sentido los errores factuales son tan significativos como los olvidos o las referencias exactas. Dicho «giro interpretativo» en el tratamiento del recuerdo va de la mano con los nuevos aportes de la neurobiología contemporánea que dieron por tierra la teoría topológica de Broca, y el concepto freudiano acerca de que las memorias son preservadas intactas en la vida inconsciente. Al respecto, se acepta que «aunque eventos experimentados conscientemente pueden no desaparecer completamente de la memoria, raramente, o casi nunca, son reproducidos con fidelidad. Todos los actos de recuerdo son también actos de imaginación, reinterpretaciones retrospectivas, miniconfabulaciones. La tendencia a la distorsión no es consecuencia de una deficiencia en la función cerebral sino un reflejo de la evolución adaptativa»⁸.

⁷ M. HALBWACHS, *The Collective Memory*, Nueva York, Harper and Row, 1980, pp. 30-33.

⁸ M. MESULAM, «Notes on the Cerebral Topography of Memory and Memory Distortion: A Neurologist's Perspective» en D. Schacter (ed.), *Memory Distortion*, Harvard University Press, 1995, p. 379.

Al considerar el componente interpretativo del recuerdo se rescata esta dimensión adaptativa de la memoria al atender especialmente al modo en que la memoria constituye significados articulando el presente con el pasado. Considerada bajo esta perspectiva, la memoria individual y la colectiva se constituyen en mutuo diálogo. La memoria colectiva no consiste en la transmisión de un conjunto de hechos acerca del pasado sino es, ante todo, un código semántico que opera como contexto en el proceso de recuperar los recuerdos individuales. Los recuerdos, entonces, constituyen configuraciones de sentido de eventos seleccionados a partir de «lugares de la memoria».

Desde esta perspectiva queda descubierto el rol de mediador del historiador entre el presente y el pasado reciente. Al hecho de que no hay modo definitivo, quirúrgico, de separar lo fáctico de lo alegórico en los testimonios orales, se suma la cuestión de que los datos que el historiador recaba sólo cobran sentido dentro de patrones de ensamble y narrativas que son convencionales, políticas y significativas dentro de las condiciones institucionales en que se desenvuelve la disciplina.

Esta cuestión revela el carácter problemático del estatuto epistémico del recuerdo en tanto huella o vestigio del pasado. El recuerdo es autorreferente, y en tanto es usado como documento histórico en su acepción tradicional, cuestiona el carácter inferencial de la historia para la que el documento tiene función de garante, la prueba material de la relación que se hace de un curso de acontecimientos. Si se atribuye estatuto de documento al recuerdo no se puede evitar concluir con Hobsbawm acerca de que «nunca haremos un uso apropiado de la historia oral hasta que determinemos qué puede fallar en el recuerdo, del mismo modo que hemos determinado qué es lo que puede salir mal cuando se copian manuscritos a mano»⁹. El recuerdo se transforma, entonces, en fuente secundaria de información en tanto que se pueda cotejar con alguna otra fuente independiente verificable, y aprobarlo porque dicha fuente lo confirma, y el problema más urgente parece ser el de poder determinar qué se puede creer cuando no hay ninguna posibilidad de cotejar la información que se posee. La cuestión que aquí no se tiene en cuenta es que la memoria es menos un mecanismo de registro que un mecanismo selectivo, y la selección, dentro de ciertos límites, cambia constantemente.

Sin embargo, si consideramos que no hay memoria puramente individual en tanto todo recuerdo es recodificado semánticamente en un tiempo público, y si se asume la crítica de Le Goff a la noción tradicional de documento en el sentido de que también en éste se encuen-

⁹ E. Hobsbawm. «Sobre la historia desde abajo», *op. cit.*, p. 209.

tra la finalidad de conmemorar el pasado (finalidad explícita en el monumento)¹⁰, entonces el tratamiento del recuerdo como fuente de la historia permite considerar bajo una nueva luz las condiciones de la producción histórica y su intencionalidad.

En el recuerdo, transformado en documento por el historiador, no sólo colapsan el presente de la rememoración con el pasado vivido en el momento del acontecimiento, sino la memoria individual con los lugares de la memoria colectiva. La primera relación pone en evidencia la significancia del recuerdo en tanto huella del pasado; la segunda indica la mediación entre la memoria individual y ese pasado que precede a la memoria, que es el pasado histórico.

En la significancia del pasado ve Ricoeur, con razón, su condición histórica, el uso científico de un pasado no-significante daría origen a una actividad que no podemos llamar propiamente historia¹¹. El recuerdo, ya sea como recolección provocada por la entrevista o como retención de retenciones transmitida en el relato entre generaciones, adquiere el estatuto de documento significativo en tanto lo rememorado se relaciona con el tiempo social estructurado en torno a los «lugares» simbólicos del pasado que se intenta reconstruir.

Esta cuestión se presenta en su máxima patencia en la historia contemporánea, pues si se acepta que la alteridad es condición de comprensión histórica en tanto restituye la distancia temporal necesaria que garantizaría una reconstrucción libre de «intereses prácticos», la historia contemporánea es imposible por definición. Si la separación entre pasado y presente se transforma en condición necesaria para la constitución del objeto histórico, entonces, eso mismo se vuelve en contra de la posibilidad de reconstrucción de acontecimientos que constituyen aún recuerdos de la generación que los vivió, dado que la función de retención de la memoria asegura la continuidad del pasado con el presente. Toda historia contemporánea es una forma de memoria aun cuando se reconozca en la historia una instancia crítica hacia el recuerdo. No en vano Hobsbawm, el autor de la *Historia del siglo XX (1914-1991)* –periodo que casi concuerda con su propia vida–, reconoce que «no hay ningún país donde al desaparecer la generación que tuvo experiencia directa de la Segunda Guerra Mundial, no se haya producido un cambio importante, aunque a menudo silencioso, en su política, así como en su perspectiva histórica de la guerra y –como es evidente tanto en Francia como en Italia– de la Resistencia. Esto es aplicable, de modo más general, al re-

¹⁰ J. LE GOFF, «Documento/monumento», en *Enciclopedia Einaudi*, vol. 5, Turín, Einaudi, p. 38.

¹¹ P. RICOEUR, *Tiempo y Narración III*, Madrid, Siglo XXI, p. 806.

cuerto de cualesquiera de los grandes cataclismos y traumas de la vida nacional»¹².

Si una sociología del conocimiento ha sido necesaria para mostrar la intencionalidad ínsita en todo documento investido de autoridad por la crítica positivista, es en el recuerdo donde la noción ricoeuriana de significancia del documento muestra toda su patencia. Ninguno de los dos modos con los que una sociedad construye significados articulando el presente con el pasado –es decir, memoria e historia– se excluyen mutuamente. La memoria es el substrato y condición de posibilidad del pasado objetivado por la investigación histórica, ya que la historiografía emerge de la misma como una forma específica de práctica humana. Es decir, como una forma cultural de práctica racional en el sentido de que está regida por un conjunto de reglas que regulan, entre otras cosas, la forma de dar sentido al pasado a través de estrategias de conceptualización, el uso de la evidencia empírica en la representación, el tipo de argumentación, etc. Dado que el substrato de donde emerge es esta necesidad de orientación temporal de los grupos, en su origen está inserta su dimensión práctica, es decir, su función orientativa y su articulación directa con el grupo a quien está dirigida. Y quizá sea por esta razón que ciertos recuerdos de la historia reciente que para Ricoeur encarnan lo *tremendum horrendum* encierren en sí mismos tanto la imposibilidad práctica de la historia de neutralidad ética como el imperativo bíblico Zakhor! (¡no olvides!)¹³.

¹² E. Hobsbawm, «El presente como historia», en *op. cit.*, p. 235.

¹³ Y. YERUSHALMI, *Zakhor. Jewish History and Jewish Memory*, University of Washington Press, 1989.

ALGUNAS CONSIDERACIONES EPISTEMOLÓGICAS PARA UNA «HISTORIA DEL PRESENTE»*

A partir del nacimiento de Clío, fruto de una noche de amor entre Mnemosyne y Zeus, la relación entre memoria e historia sufre los avatares normales de cualquier relación de crecimiento entre madre e hija: la identificación idílica de la niñez, la ruptura rebelde de la adolescencia y la convivencia crítica de la madurez. En efecto, desde su origen en la Grecia clásica la filiación historia-memoria no es cuestionada hasta casi mediados del siglo XVIII. Es en la *Enciclopedia*, presidida por el árbol del conocimiento en el que cada rama del saber derivaba del tronco que representaba a las facultades humanas, donde Voltaire cuestiona, por primera vez, esta relación. Para el autor del *Essai*, la historia no es una cuestión de memoria sino de razón, por lo que acuña el término filosofía de la historia. Esta relación no es directamente tematizada ni por historiadores ni por filósofos durante el siglo XIX hasta que a mediados de nuestro siglo, por razones de diversa índole, la memoria entra en la escena de la discusión historiográfica contemporánea.

En un primer momento, la memoria transformada en objeto de la historia da lugar a lo que se denominó, tras la Segunda Guerra Mundial, historia oral. La historia oral es el registro y análisis de los testimonios orales acerca del pasado. Entre los años sesenta y los setenta recibe su mayor impulso a partir de la creciente influencia de la nueva historia social o «historia desde abajo». El recuerdo se transformó, entonces, en el principal medio para el registro de las experiencias vividas por los sectores marginales de los que sólo se contaba con narraciones producidas por las elites.

* Artículo publicado en *Hispaniànova. Revista de Historia Contemporánea* 1, Madrid (1999).

Un segundo momento lo podemos reconocer a partir de la década de los setenta en el que una nueva relación entre la historia y la memoria como su objeto comienza a suscitar interés. En Francia, el historiador P. Nora lleva a cabo el ambicioso proyecto de reconstrucción de la historia de la memoria colectiva francesa en *Les Lieux de mémoire* (1984-1992)¹. Trabajos comparables son llevados a cabo, por sociólogos e historiadores, en Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Israel, tanto en el estudio de la historia nacional como en el de grupos sociales como tribus y sectas dentro de estas naciones². Mucha de esta literatura enfatiza la naturaleza socialmente construida de la memoria y sus usos políticos, históricos y culturales. Asimismo la influencia de disciplinas tales como los estudios de la mujer, la nueva antropología y la sociología interpretativa contribuyeron a cuestionar ciertos supuestos de la historia oral reconstructiva, en especial, en lo atinente al objetivo de buscar en el recuerdo sólo el aspecto representativo de la memoria, el «conocimiento exacto» del pasado.

Por último, la relación historia-memoria es puesta en discusión cuando a mediados de nuestro siglo hace irrupción la historia del presente obligando a revisar el presupuesto de la ruptura con el pasado como garantía de un conocimiento histórico objetivo. La creación del Instituto de Historia del Tiempo Presente en 1978 bajo la dirección de F. Bédarida, los estudios de la «Historia del Presente» de P. Nora en el EHESS o la publicación de la revista *Ayer* de la Asociación de Historia Contemporánea ponen en cuestión la difícil tensión entre el presente y la reconstrucción historiográfica del pasado reciente en el que el historiador juega el rol de sujeto y objeto en tanto portador, él mismo, de la memoria del fenómeno que pretende reconstruir históricamente. Puestas así las cosas, la relación historia-memoria reabre interesantes cuestiones en la redefinición de lo que debemos entender por conocimiento histórico.

En primer lugar, quiero distinguir dos posiciones en el tema que nos ocupa: una que denominaré tesis ilustrada para hacer alusión a la ruptura propuesta por Voltaire en la *Enciclopedia*, y otra que llamaré tesis clásica con referencia a la relación mentada en el mito griego. La tesis ilustrada representada, entre otros, por M. Halbwachs, Y. Yerushalmi, Le Goff, P. Nora, define la posición de la historia con respecto a la memoria como ruptura. En efecto, en la constitución de un

¹ P. NORA, *Les Lieux de Mémoire*, París, Gallimard, 1997.

² Cfr., por ejemplo, M. AGULHON, *Marianne into Battle. Republican Imagery and Symbolism in France, 1789-1880*, trans. J. Lloyd, Cambridge University Press, 1981; A. BARAM, *Culture, History and Ideology in the Formation of Ba'hist Iraq, 1968-80*, Nueva York, St. Martin's Press, 1991; J. BODNAR, *Remaking America: Public Memory, Commemoration and Patriotism in the Twentieth Century*, Princeton University Press, 1992, etc.

campo histórico prefigurado por una práctica científica subyace la idea de una delimitación clara entre memoria e historia. La afirmación de M. Halbwachs en el sentido de que «la historia sólo comienza en el punto en el que acaba la tradición, momento en el que se apaga o se descompone la memoria social. Mientras un recuerdo subsiste es inútil fijarlo por escrito [...]» encuentra su eco en la convicción de Yerushalmi acerca de que el pasado que recompone la historia «es apenas reconocible para lo que la memoria colectiva retuvo. El pasado que esa historia restituye es en realidad un pasado perdido, pero no aquel de cuya pérdida nos lamentamos»³.

Por el contrario, autores como P. Hutton, G. Gadamer, H. Hirsh o P. Ricoeur, representantes de lo que he denominado tesis clásica, defienden con diferentes matices la continuidad de la memoria con la historia. Es inútil negar, en aras de una pretendida objetividad, el peso del pasado reciente, objeto intencional de la memoria que porta la generación que intenta reconstruirlo. La actitud crítica es la única posibilidad abierta a una historia del presente consciente de la ligazón ineludible con la memoria del pasado reciente. Se coloca directamente en cuestión la oposición tradicional entre una historia crítica colocada del lado de la ciencia y una memoria que sólo ofrece fuentes fluctuantes. La problematización de la memoria conduce a atribuirle una parte esencial en la construcción crítica del saber histórico, colocando al historiador en una mejor posición para «hacer una historia objetiva de la subjetividad»⁴.

En la tesis ilustrada subyace lo que podemos denominar una concepción estándar de lo que deba entenderse por conocimiento histórico, concepción que podemos encontrar bajo distintas formulaciones en Walsh, E. Carr, Mandelbaum, G. Iggers, L. Gossman, P. Zagorín, etc., y que en la siguiente cita de Iggers se encuentran manifiestas sus rasgos característicos: el conocimiento histórico es el resultado de asumir que «el texto histórico debe ser entendido con referencia al contexto al cual refiere y que este contexto contiene un elemento de objetividad no totalmente idéntico con la subjetividad del historiador y un elemento de racionalidad que presupone elementos de intersubjetividad en los métodos de la investigación histórica»⁵. La investigación histórica afirma, de este modo, una realidad objetiva que puede

³ Y. YERUSHALMI, «Usos del Olvido», en Y. Yerushalmi *et al.*, *Usos del Olvido*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1989, p. 23.

⁴ R. FRANK, «Enjeux épistémologiques de l'enseignement de l'histoire du temps présent», *L'Histoire entre l'épistémologie et demande sociale*, actes de l'Université d'été de Blois, septiembre 1993, 1994, p. 166.

⁵ G. IGGERS, «Rationality and History», en H. Kozicki (comp.), *Developments in Modern Historiography*, Nueva York, St. Martin's Press, 1993, p. 19.

ser entendida racionalmente, aun en el caso de evidencias inciertas o intereses subjetivos de los historiadores. En este sentido, el modo como el historiador presenta sus conclusiones o sus preferencias ético-políticas no son pensadas como relevantes sino como subsidiarias de las categorías de verdad, objetividad, evidencia factual y referencia. Que el conocimiento histórico sea resultado de una práctica científica parece significar, entre otras cosas, compartir un criterio común acerca del uso de la evidencia, considerarlo producto de una empresa colectiva y, por lo tanto, sujeto a crítica por los miembros de dicha comunidad y observar el límite absoluto entre sujeto cognoscente y objeto conocido. En conformidad con esta caracterización, Goldstein específicamente excluye del conocimiento propiamente histórico el material de la memoria. Los recuerdos de experiencias vividas, incluyendo los testimonios de los propios historiadores-participantes, deben ser tratados como documentos y evidencias y estar «sujetos al mismo examen crítico que un historiador entrenado aplica a toda su evidencia»⁶. La «presencia» no es de ningún modo, para Goldstein, un ideal. Por el contrario: todo conocimiento implica alienación. La actitud propiamente histórica del historiador profesional reside en la relación independiente que éste mantiene con el pasado en sí mismo. El pasado histórico no debe ser interpretado con relación a los intereses del presente.

Lo que subyace bajo este tipo de argumentos es una concepción de la historia como actividad esencialmente cognitiva que busca —a través de la prueba o testimonio— una representación objetiva y, por lo tanto, desinteresada del pasado. La separación entre pasado y presente se transforma en condición necesaria para la constitución de un objeto histórico no contaminado de «intereses prácticos». Esta exclusión de la dimensión normativa de la función representativa de la historia es consecuencia de la supuesta brecha entre «proposiciones de hecho» y «proposiciones de valor». Podemos reconocer aquí, por un lado, la resonancia del «postulado de la neutralidad ética» de Weber: el hombre de ciencia, en cuanto tal, no debe pronunciar juicio de valor alguno relacionado con su objeto de investigación y restringirse sólo a juicios de hecho, y, por otro lado, el impacto de la filosofía analítica de la ciencia que, hasta la década de los sesenta centró su atención en la estructura formal de la explicación científica y situó el «problema de la neutralidad ética» en el contexto de la discusión acerca del objetivismo y relativismo. La solución del problema fue dirigido, en términos generales, a la necesidad de eliminar aquellos factores, ya fuesen llamados ideológicos, normativos o valorativos, que se con-

⁶ L. GOLDSTEIN, *Historical Knowing*, Austin, Tex. y Londres, 1976, p. 147.

sideraban perturbadores de la adquisición de un conocimiento verdadero. Si bien el «giro lingüístico» en historia, en el contexto del debate narrativista que se dio a partir de la década del setenta, puso al descubierto las implicancias ideológicas (White, Barthes) de la narración en tanto estructura discursiva, no tuvo, empero, mayor impacto en la reformulación de lo que debiera entenderse por conocimiento histórico, sino sólo en lo referido a acentuar la dicotomía razón-imaginación, hecho-ficción.

Sin embargo, aun cuando esta concepción estándar del conocimiento histórico siga vigente en los debates historiográficos contemporáneos, no da cuenta adecuadamente, a mi entender, de las bases epistemológicas sobre las que debiera asentarse un género historiográfico que ha hecho eclosión en las últimas décadas: la historia del presente. Si aceptamos que la dimensión textual del conocimiento histórico no importa diferencia alguna entre un texto de historia y otro de ficción dado que ninguna propiedad sintáctica o semántica puede dar cuenta de dicha diferencia⁷, la discusión epistémica acerca de las condiciones de posibilidad de una historia del presente se centrará en reformular el alcance de sus dimensiones cognitiva y pragmática. Dado que el pasado reciente se transforma en objeto de una historia del presente, esto mismo debería revertir en una reconsideración del alcance pragmático del conocimiento histórico atendiendo no sólo a sus implicancias ético-políticas, sino también a su cualidad de producto de una institución social. Estos aspectos quedan particularmente al descubierto en las contribuciones que reúne un libro recientemente publicado en nuestro medio acerca del debate Goldhagen: me refiero a *Los Alemanes, el Holocausto y la Culpa Colectiva. El debate Goldhagen*⁸ en cuyo prefacio D. LaCapra expresa su estupor por la ocurrencia de una «extraña serie de eventos». Los eventos «extraños» a los que alude LaCapra son:

- 1) la condena de la tesis de Goldhagen por la casi mayoría de los historiadores profesionales;
- 2) que el libro de Goldhagen haya tenido como base una tesis doctoral del autor defendida en Harvard;
- 3) el extraordinario impacto editorial que el libro tuvo en EEUU y en Europa;
- 4) la recepción favorable que el libro tuvo por parte de algunos conocidos intelectuales, entre ellos, Habermas.

⁷ Cfr. al respecto J. SEARLE, *Expression and Meaning. Studies in the Theory of Speech Acts*, Cambridge University Press, 1979, pp. 58-76.

⁸ F. FINCHELSTEIN (ed.), *Los Alemanes, el Holocausto y la Culpa Colectiva. El debate Goldhagen*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

Más adelante volveré sobre la cuestión. Ahora, y a los fines de los problemas ya señalados, quiero proponer una definición acerca de qué se debe entender por «historia del presente». Entiendo por historia del presente aquella historiografía que tiene por objeto acontecimientos o fenómenos sociales que constituyen recuerdos de al menos una de las tres generaciones que comparten un mismo presente histórico. Las ventajas que creo que posee una caracterización de la historia del presente como la propuesta son las siguientes:

- a) delimita un lapso temporal más o menos acotado;
- b) replantea la relación S-O al definir a este último como recuerdo cuyo soporte biológico es una generación contemporánea a la que puede o no pertenecer el historiador;
- c) discrimina con relación a la historia oral, *i. e.*, no toda historia oral es historia del presente, sino sólo aquella en que el objeto (es decir, el recuerdo) y el sujeto (en este caso, el historiador) pertenecen al mismo presente histórico;
- d) delimita como presente histórico a aquel marco temporal de sentido determinado por la intersección de los espacios de experiencia de las generaciones que se solapan.

El recurso heurístico a las generaciones en la definición de historia del presente permite despojar al historiador de la asepsia epistémica del «observador analítico» –tal como lo ha caracterizado Habermas– para reubicarlo en la inmediatez del tejido social histórico. En efecto, la existencia simultánea de diferentes generaciones que se relacionan constituye la realidad de ese presente histórico. En su tratamiento del concepto de generación como «conector» entre el tiempo vivido y el tiempo universal, Ricoeur⁹ rescata de Dilthey la noción de «pertenencia a una misma generación» que añade al fenómeno biológico de la «misma edad» la dimensión cualitativa de haber sido, los individuos, expuestos a las mismas experiencias e influidos por los mismos acontecimientos. Por otro lado, podríamos agregar que, dado que siempre en todo presente histórico encontramos dos generaciones «activas», es más apropiado hablar de solapamiento sucesivo de generaciones que de sucesión generacional para indicar la dinámica social del recambio de los muertos por los vivos. Asimismo, Ricoeur incorpora de Mannheim la noción de «agrupación por localización» que inserta a la generación en coordenadas espacio-temporales concretas. Por último, ve en la idea de «reino de los contemporáneos, de

⁹ P. RICOEUR, «Hacia una hermenéutica del tiempo histórico» en *Tiempo y Narración*, t. III, Siglo XXI, 1996.

los predecesores y de los sucesores» de A. Schutz el «complemento sociológico de la sucesión de generaciones» que proporciona la articulación última entre el tiempo privado y el tiempo universal a través del concepto de lo anónimo. En esta triple mediación –solapamiento sucesivo de generaciones localizadas temporalmente y orientadas anónimamente a través de la simple contemporaneidad– se reconoce la articulación propia entre el tiempo privado del individuo y el tiempo público de la historia.

Si el objeto de la historia del presente es el recuerdo cuyo soporte biológico lo constituye una de las generaciones que comparten un mismo presente histórico, el lapso temporal retrospectivo abarca, aproximadamente, entre ochenta y noventa años. Definido como recuerdo, el fenómeno histórico se imbrica directamente en la trama social y permite reconocerlo como factor de poder en la resignificación del pasado reciente de acuerdo al rol que desempeñe la generación portadora. Asimismo, dado que el acontecimiento que se recuerda ha sido calificado de histórico constituye, por lo mismo, un punto de inflexión en el tiempo social por el que se reestructura a las generaciones despojándolas de una organización meramente cuantitativa (Mannheim, Ortega). Los acontecimientos históricos constituyen «núcleos de sentido» que estructuran la experiencia de los actores sociales de la generación actuante y contribuyen a designarla («generación del 68» o «generación del 80», por ejemplo). Como muy bien ha reconocido Hobsbawm, no existe ningún país en el que al desaparecer la generación que tuvo experiencia directa en los fenómenos estudiados, no se haya producido un cambio importante en la política y en la perspectiva histórica de los mismos¹⁰. Por otro lado, la definición propuesta ubica al recuerdo (experiencia vivida) como parte de los intereses en pugna de los conflictos entre generaciones que actúan contemporáneamente y rescata la profunda diferencia entre las personas –historiadores algunos de ellos– que recuerdan la acción de Churchill de 1940 y las que lo saben a través del relato de sus abuelos o padres, por ejemplo, unos y otros comparten el mismo presente histórico en tanto sus espacios de experiencia –para usar la categoría metahistórica de Koselleck¹¹– se intersectan, pues no todo contemporáneo inserta su propia experiencia vital en un mismo marco histórico. El presente histórico está constituido por aquellas generaciones que se solapan

¹⁰ Cfr. E. HOBBSAWM, *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998, p. 235.

¹¹ Para R. Koselleck el espacio de experiencia es una categoría formal que señala un pasado estratificado sin posibilidad de medirlo cronológicamente pero sí de fecharlo a partir de indicadores temporales de acontecimientos pasados en torno a los cuales se organiza el resto. Cfr. R. KOSELLECK, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

sucesivamente generando una cadena de transmisión de acontecimientos que son reconocidos como «su» pasado aun cuando no todos los hayan experimentado directamente¹². El grado de anonimato en la apropiación de ese pasado está en relación directa a la localización sociopolítica de las generaciones comprometidas: el Holocausto es el pasado reciente con el que están directamente implicadas las generaciones actuales de alemanes, pero asimismo, como «crimen contra la humanidad», involucra a todas las generaciones presentes que comparten, al menos, la tradición occidental.

La historia del siglo XX de Hobsbawm es un ejemplo de historia del presente en la que el historiador pertenece a la generación portadora de los recuerdos, y *Los Verdugos Voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto* de Goldhagen es una obra en la que el sujeto-historiador pertenece a una generación distinta de la que porta el recuerdo, pero que, sin embargo, comparte el mismo presente histórico.

Así definida la historia del presente da por tierra uno de los presupuestos epistémicos que caracterizan la visión estándar del conocimiento histórico: la separación entre S y O para garantizar una reconstrucción expurgada de intereses prácticos. De esta separación se han efectuado dos lecturas: 1) como distancia temporal real entre el historiador y su objeto de estudio, y 2) como distancia entendida como *epojé* de los intereses ético-políticos del historiador si el fenómeno era muy próximo. Este último supuesto queda claramente ejemplificado con la caracterización habermasiana del historiador como «observador analítico» en tanto «científico íntegro que insiste en la diferencia entre la perspectiva asumida por aquellos que participan en un discurso de autocomprensión colectiva» y la ciencia histórica¹³. Aun cuando Habermas está discutiendo las consecuencias públicas de una historia del presente, no considera necesario repensar sus bases epistemológicas.

En lo que sigue intentaré mostrar que el «observador analítico» de Habermas debiera operar como principio ético que regula –a la manera de la idea kantiana– la práctica historiográfica del presente como objeto histórico, pero en la medida en que se lo considere condición

¹² En este sentido creo más apropiado utilizar la expresión «presente histórico» para señalar la densidad temporal de este nuevo objeto de la historia, puesto que separa la noción de presente de lo inmediato y lo instantáneo que identificaría a la historia con técnicas periodísticas. Del mismo modo que no todo pasado es histórico, no todo presente es «presente histórico». Asimismo creo que la expresión discrimina con relación a «pasado histórico», *i. e.*, como el pasado constituido por las vivencias de mis predecesores que no son mis contemporáneos y sobre el que ya no se puede influir.

¹³ J. HABERMAS, «Goldhagen y el uso público de la historia: ¿por qué el Premio democracia para Daniel Goldhagen?», en F. Finchelstein, *op. cit.*, p. 209.

de posibilidad del conocimiento histórico oscurece y soslaya las implicancias ético-políticas del discurso historiográfico. A tal fin y a modo de ejemplo recurriré a la polémica en torno al debate Goldhagen tal como es compilada en el libro que ha aparecido recientemente en nuestro medio y al que me referí anteriormente.

Tanto Habermas como Hilberg en dicho texto, Goldhagen en *Los verdugos voluntarios de Hitler* y Hobsbawm en *Sobre la historia* ubican correctamente, a mi entender, la problemática de la historia del presente en torno a la cuestión de las generaciones. La diferente distancia temporal de las distintas generaciones que actúan en un mismo presente histórico condiciona la perspectiva desde la que se intenta resignificar el fenómeno del pasado reciente. Sin bien Habermas, en el artículo «Goldhagen y el uso público de la historia», sitúa acertadamente la cuestión de la resignificación de una herencia histórica como un conflicto generacional de intereses en pugna, su historiador —caracterizado como «observador analítico»— aparece *in medias res* entre «el interés público de quienes nacieron más tarde y no pueden saber cómo se habrían comportado en aquellos tiempos» y «el afán moralizador de los conciudadanos que vivieron en los años del nazismo». El historiador es así, nuevamente, identificado con la figura de un científico despojado de cualquier interés que pudiera poseer a partir de su inserción concreta en un medio socio-político. La imagen es reforzada a partir de la contraposición de los objetivos que persiguen el juez y el historiador, imagen que Habermas retoma de la profesión de fe del propio Goldhagen.

En el Prefacio, escrito expresamente para la edición alemana, Goldhagen distancia el rol del historiador del que le compete al juez. El objetivo del historiador es «explicar un hecho histórico», clarificar sus causas; el juez, por el contrario, se ocupa de la imputabilidad de las acciones, es decir, sus intereses son distintos aun cuando «la historia y la justicia examinan los mismos problemas de atribución»¹⁴. La contraposición así presentada parece no suscitar problemas cuando el fenómeno involucrado pertenece a un pasado desasimilado del presente histórico: atribuir a tradiciones ancestrales la causa de la inmolación de jóvenes adolescentes en las culturas precolombinas se diferencia claramente de la imputación de culpa a las sociedades involucradas. Imputar culpabilidad a actores sociales de un pasado remoto implicaría un retorno a un historicismo teleológico con estructura de sentido moralizante y la metamorfosis instantánea del historiador en filósofo de la historia. El pasado no se juzga, se lo conoce.

¹⁴ D. GOLDHAGEN, *Los Verdugos Voluntarios de Hitler. Los Alemanes Corrientes y el Holocausto*, Madrid, Taurus, 1998, p. 209.

Sin embargo, dicha distribución de funciones, a mi entender, no se mantiene tan clara cuando el fenómeno del que se debe dar cuenta pertenece al pasado reciente. Encontrar las causas de un hecho histórico que el presente al que pertenece el historiador ha denominado «crimen contra la humanidad» se transforma, *ipso facto* y en un sólo movimiento, en atribución de culpa. Es ingenuo pretender neutralidad moral frente a un fenómeno que ha recibido una caracterización jurídica. Sostener que encontrar las causas de un crimen no es encontrar a los culpables es mantener una escisión semántica al sólo fin de salvaguardar la dicotomía teórica entre S y O. Se pueden encontrar las causas de por qué los espartanos arrojaban a sus niños minusválidos del monte Taigeto o de por qué los esquimales abandonaban a sus ancianos en medio de los hielos sin que los enunciados que se incorporen en el *explanans* se transformen en imputaciones de culpa. Pero la muerte de esos niños o de esos ancianos no fue rotulada como crimen por sus contemporáneos ni «atrocidad histórica» por sus sucesores. Inversamente, se pueden encontrar las causas de un hecho remoto conceptualizado como crimen por sus contemporáneos pero que no lo es más dentro de nuestro marco jurídico, en este caso se pierde la imputación de culpa que hubiese tenido en su contexto histórico. Sin embargo, la pretendida neutralidad valorativa de la causa por sobre la culpa se desdibuja cuando pesa sobre el fenómeno analizado del pasado reciente la categoría jurídica de crimen: nadie entendería a un juez que nos diga que ha encontrado que ciertas personas han causado un crimen pero que aún no ha hallado a los culpables. El mismo argumento de Goldhagen se desliza, en más de una ocasión, hacia un abierto lenguaje jurídico-moral como cuando afirma que «si los alemanes no hubieran perpetrado un genocidio, entonces las privaciones y crueldades que causaron a los judíos habrían quedado en primer lugar y las *juzgaríamos* como atrocidades históricas, hechos aberrantes, perversos, que requieren explicación»¹⁵.

El historiador como «observador analítico» debiera constituirse en idea que regula —a la manera kantiana— la práctica historiográfica del pasado reciente, pero de ningún modo en un presupuesto que garantice epistémicamente dicha práctica. La neutralidad valorativa que está en la base de la intencionalidad de la ciencia histórica debiera servir como plataforma crítica para la puesta en escena de los intereses y valores que operan como marcos de sentido de la generación a la que pertenece el historiador, y que funciona como *locus* socio-histórico de autoentendimiento ético-político desde donde se reconstruye el fenómeno y no como garantía incuestionada de una presunta reconstrucción objetiva.

¹⁵ Goldhagen, *op. cit.*, p. 37.

Las creencias compartidas por un grupo social contemporáneo poseen la misma función de «mapas infalibles para orientarse en el mundo social» que Goldhagen atribuye a las creencias sostenidas por una sociedad en el pasado y que en la actualidad, la mayoría de las veces, son consideradas como absurdas. Las creencias constituyen –para decirlo en términos de Ricoeur– proposiciones de sentido con pretensiones de verdad transmitidas por las tradiciones, «modos de “tener-por-verdadero”», según el carácter del término alemán *Fürwahr-halten*, que significa creencia¹⁶. El conjunto de dichas creencias determina nuestra situación hermenéutica en la comprensión de cualquier fenómeno histórico, y es lo que Gadamer ha denominado «los efectos de la historia de la eficiencia». Constituyen los preconceptos desde donde se articula el horizonte histórico al que pertenecen tanto el historiador como sus contemporáneos. Estos «prejuicios», como los denomina Gadamer, se esclarecen en la situación dialógica con el pasado en la que el historiador aborda a otros grupos sociales con sus creencias propias. Que las creencias, constituidas en tradiciones a través de la cadena de transmisión de generaciones, constituyen el fundamento normativo de las acciones es una cuestión que se ha venido discutiendo en el ámbito de la hermenéutica fenomenológica desde mediados de siglo: cuestión que, en no pocas ocasiones, ha enfrentado a Gadamer y Habermas.

En lo que sigue examinaré la tesis de Goldhagen, no en lo atinente a sus méritos historiográficos, sino en lo que compete a mi argumento acerca del rol del historiador en una historia del presente. Lo que Goldhagen afirma es que una tradición profundamente antisemítica enraizada en la cultura alemana proporcionó la base normativa como para que la acción «eliminar a los judíos» no fuera considerada moralmente mala¹⁷, del mismo modo, podemos agregar, que una tradición religiosa diferente legitimó la acción «inmolar a las doncellas» en la sociedad incaica.

Metodológicamente sugiere que el historiador debe abandonar las suposiciones que han distorsionado a la «mayoría de los intérpretes de ese periodo»: el presupuesto de que la Alemania nazi «era una sociedad más o menos “normal” y se regía por unas reglas de “sentido común” similares a las nuestras»¹⁸. Ya R. Darnton nos recordaba el

¹⁶ Cfr. P. Ricoeur, *op. cit.*, p. 963.

¹⁷ Cabe destacar que en la mayoría de los análisis historiográficos del Holocausto, el antisemitismo alemán tiene un rol central en la explicación del fenómeno pero en ningún caso se le atribuye la unicausalidad que se encuentra en el trabajo de Goldhagen. R. Hilberg, por ejemplo, en *The destruction of the European Jews* (1961), se refiere a una tradición antisemita alemana que ya era muy visible en Lutero. Debo agradecer a F. Finchelstein por llamar la atención sobre este punto.

¹⁸ Goldhagen, *op. cit.*, p. 35.

precioso valor de dicha regla heurística para un historiador de mentalidades: es necesario abandonar el sentimiento de familiaridad con el pasado y es conveniente recibir electrochoques culturales¹⁹. El no poder entender un libro de proverbios, el no poder comprender el miedo obsesivo al dolor de muelas de los franceses del XVIII o la imposibilidad de traducir un conjunto de acciones del pasado a nuestro propio sistema de significados nos enfrenta con lo que él denominó «otredad». Y el Holocausto es tan «lo otro» de «nuestro» sentido común que bien vale la pena tomar dicho recaudo metodológico y poner «entre paréntesis» el presupuesto de que la sociedad alemana que le dio origen «se regía por una reglas de “sentido común” similares a las nuestras». Quizá la razón de que la mayoría de los historiadores no lo haya hecho se deba a que el Holocausto constituye un fenómeno del pasado reciente y la sociedad alemana que lo gestó es una sociedad occidental contemporánea a las nuestras.

En un segundo momento metodológico y librado de este presupuesto inicial, Goldhagen sugiere abordar dicho periodo «con la mirada crítica de un antropólogo que desembarca en una costa desconocida [...] consciente de la posibilidad de que tal vez haya de idear unas explicaciones que no concuerdan con sus propias nociones de sentido común»²⁰.

Llevado por su entusiasmo crítico termina afirmando la tesis mencionada anteriormente para concluir que «los cambios evidentes en la cultura política alemana que han tenido lugar en los cincuenta años transcurridos desde el fin de la Segunda Guerra Mundial son dignos de aplauso [...] los alemanes individuales se han convertido en auténticos demócratas [...] [y] su componente antisemita ha variado, pues ha perdido los elementos centrales, alucinantes [...]»²¹.

Concuerdo con que las tradiciones constituyen marcos normativos de las acciones y que todo historiador involucrado en el estudio de las mismas debe abandonar sus presupuestos de sentido común; sin embargo, me interesa analizar ahora los presupuestos ético-políticos que subyacen en las reconstrucciones del pasado reciente y que quedan oscurecidos con metáforas como la del «antropólogo crítico» de Goldhagen o la del «observador analítico» de Habermas. Si Goldhagen se desembarazó del presupuesto de familiaridad que erróneamente habría «contaminado» a la mayoría de las interpretaciones del Holocausto, fue, sin embargo, totalmente «ciego» a los presupuestos ético-políticos que subyacen a su *locus social*: un joven historiador doctorado

¹⁹ R. DARTON, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, FCE, 1987, p. 17.

²⁰ Goldhagen, *op. cit.*, p. 35.

²¹ Goldhagen, *op. cit.*, p. 18.

en una de las más prestigiosas universidades norteamericanas. Dicho presupuesto le lleva a afirmar, apresurada y confiadamente, que una tradición –vigente durante siglos en una sociedad– ha quedado revertida en sus rasgos esenciales luego de tan sólo cincuenta años de democracia. Lo curioso es que afirma esto después de haber reconocido que las transformaciones políticas de la Europa del siglo XIX lograron sólo convertir una tradición antisemítica de corte religioso en un antisemitismo secular. Utilizando los términos de Goldhagen, podemos decir que constituye un grueso error de interpretación creer que un sistema político que compartimos «nosotros» eliminará automáticamente las creencias de «ellos» con las que «nosotros» no somos afines. Es el mismo presupuesto que está en la base de la utopía rortyana de una sociedad universal cosmopolita liberal o del declarado fin de la historia para las modernas sociedades neoliberales de Fukuyama, para nombrar otros representantes del mismo *locus* social.

Habermas comparte con Goldhagen el mismo entusiasmo por el poder explicativo que la base normativa de las tradiciones otorga a las acciones, pero comete el mismo error al creer que sólo con un *fiat* político pueden evadirlas. Las tradiciones evolucionan, cambian, se transforman, pero sólo una sincera instancia crítica hacia ellas puede ayudar a poner de manifiesto los diversos modos en que somos marcados: por-el-pasado, para decirlo en términos de Ricoeur. Pretender que la actitud crítica se deriva sin más de la posición aséptica de un «observador analítico» es negar la instancia ético-política desde la cual un historiador reconstruye un fenómeno que constituye el recuerdo de alguna de las generaciones a él contemporánea.

Quizá Goldhagen le haya hecho ver a Habermas lo que Gadamer nunca pudo: la autoridad con que se presentan revestidos los contenidos transmitidos en forma de creencias por la tradición. El siguiente paso probablemente sea el reconocer que somos seres históricamente situados y que ésta constituye nuestra ineludible situación finita desde la que interpretamos y reinterpretamos el pasado. Para concluir, acuerdo con Goldhagen en que las creencias transmitidas por la tradición proporcionan bases normativas para «los marcos cognitivos que rigen las acciones», sólo que sugiero que dicho *plea* sea incorporado como base cognitiva de las interpretaciones del pasado que efectúa el historiador del presente.

ALCANCES Y LÍMITES DE PERSPECTIVAS PSICOANALÍTICAS EN HISTORIA *

La transposición de categorías patológicas al plano de lo histórico puede ser interpretada como una tentativa de dar sentido a la relación fundamental de la historia con la violencia, relación que Hobbes transformó en origen del pacto contractual. Los regímenes totalitarios latinoamericanos, el Apartheid, el Holocausto o Hiroshima constituyen algunos de los acontecimientos del siglo XX que enfrentaron al historiador con el problema de representar lo que Hannah Arendt ha denominado «la banalidad del mal». La posibilidad de una reconstrucción realista de acontecimientos límites por medio de los procedimientos estándar de la historiografía ha sido puesta en duda desde dentro mismo de la profesión histórica. Parafraseando a Adorno¹, un eminente historiador del Holocausto, Raul Hilberg se pregunta: «Yo no soy un poeta [...] pero, ¿no es igualmente bárbaro escribir notas al pie de página después de Auschwitz?» y más adelante agrega: «[...] algunas personas que lean lo que he escrito tendrán la creencia errada de que aquí, en mis páginas impresas, encontrarán la verdad última del Holocausto tal como realmente ocurrió»².

En un punto extremo se encuentran aquellos que invalidan cualquier aproximación cognitiva fundándose en la «singularidad» de dichos acontecimientos. Esta tendencia cuestiona la posibilidad de que el Holocausto, por ejemplo, sea abordado por las técnicas tradicionales del conocimiento histórico, transformándolo en objeto de lo sublime y, en cuanto tal, en incognoscible e indecible: «Auschwitz no puede ser

* Artículo publicado en *Dianoia*, vol. XLVIII, n.º 50 (mayo de 2003).

¹ T. ADORNO, *Prisms*, Cambridge, Mass., MIT. Press, 1981, p. 84.

² R. HILBERT, «I Was Not There», en *Writing and the Holocaust*, Berel Lang (ed.), Nueva York, Holmes and Meier, 1988, p. 25.